

Cuando las mujeres matan

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2016
Todos los derechos reservados

Índice

La Chirrina	5
El Crimen del Tierzo	31
El Crimen de la calle Trafalgar	61
El Crimen de Cabra	95

La Chirrina

1900

Quiero dejar claro, desde el comienzo de mi declaración, que no justifico en modo alguno el triste suceso que me ha llevado a escribir estas páginas. No hay nada que lleve a aceptar la pérdida de una vida humana de una forma aparentemente tan caprichosa e innecesaria. Soy un abogado humanista. Ya sé que eso es raro de encontrar a comienzos de este siglo XX, pero entiendo que la muerte violenta nunca es necesaria, ni siquiera en una guerra, otra forma de confrontación de ambiciones, venganzas y resentimientos históricos.

Aclarado esto, que ya sé que resulta impopular, hablemos de Carmen González Iglesias, conocida como “La Chirrina”. Durante su juicio recordé a mi admirada Doña Concepción Arenal, cuando defendía que debíamos odiar el delito pero compadecer al delincuente. Ni cuando lo dijo ni ahora los jurados, el público y en ocasiones los jueces, tienen en cuenta esa máxima. Los tribunales son muchas veces escenarios de una venganza, la de la sociedad frente a quien ha transgredido sus normas. Carmen mató por su mano, privó a una muchacha de su vida, de lo que podría haber llegado a ser, le robó su futuro, dejó a su madre, su hermana, en la soledad de su ausencia. Todo eso es cierto y resulta terrible. Pero Carmen también llevó una carga de desdichas toda su vida, recogió el rechazo unánime de quienes la rodeaban, fue vista desde siempre como pendenciera, una enemiga de la sociedad en que vivía, cosechó desprecios e insultos allá por donde iba. Por eso, al menos, merece que nos detengamos un momento a contemplar quién fue, quién sigue siendo ahora que está encerrada por largo tiempo, por qué se comportó así,

si estaba en su naturaleza matar o fue un acto donde resumió su vida entera de violencia y menosprecios.

Carmen, lo voy a decir con claridad, produce inicialmente un sentimiento de repulsión a quien tenga una mínima educación, que haya nacido en un buen hogar y conocido el amor de su familia. Es grande, fuerte, nada agraciada. Los que la ven la califican de hombruna y no seré yo quien lo desmienta. Tiene una expresión torcida, recelosa, capaz de actuar por venganza, odio o rencor. Ya digo que no es agradable estar con ella, máxime cuando la encuentras encerrada en un calabozo y su expresión pasa de lo huidizo a la ira en cuestión de segundos.

Sin embargo, me senté con ella, pregunté, la escuché, guardé silencio, eso la hizo hablar más. Me enteré poco a poco de su historia. Los compañeros en los pasillos de la Casa de Canónigos se ríen un poco de mí, no me importa. Me consideran un extraño abogado. “Te debías dedicar a la literatura, Luis, me dicen” y yo sé que no es por hacer mala sangre conmigo. Es que se dan cuenta de que mis intereses son más amplios que los habituales. “Los hechos, Sr. Martorell” me interrumpen a veces los jueces, “vaya a los hechos”. Porque me entretengo en contar antecedentes, historias del pasado. Creo que permiten comprender mejor los hechos del presente por los que juzgan a mi defendido. Pero eso no suele interesar, por eso sonríen y me dicen los compañeros eso de la literatura. No digo que no, a veces tentado he estado de escribir una novela sobre mis clientes, sus azares, la vida que han llevado, qué les condujo a

delinquir. De algún modo, es lo que estoy haciendo con la Chirrina.

Nació en un pueblo pequeño de Salamanca hacia 1855. Su padre era jornalero, vivían en una especie de cabaña por cuyas junturas entraba el frío en esos inviernos castellanos. Muchas veces no había ni qué comer porque la cosecha terminaba y el trabajo escaseaba. Su padre, un hombre tosco, sin educación ni posibilidades de prosperar, marchaba entonces lejos, hacia el sur, en busca de algún jornal que enviaba a la familia cuando podía. En ocasiones, me dijo Carmen, no llegaba nada en un par de meses y debían hacer todo tipo de trabajos humildes, buscar alimentos del campo. Tanto los padres como los cinco hijos que llegaron a tener con bastantes intervalos no eran bien vistos en el pueblo en cuyas afueras el padre había levantado la cabaña. La pobreza nunca genera amigos y ellos, más que pobres, resultaban miserables.

Los dos chicos mayores trabajaban desde que eran pequeños pero los demás, tres chicas, lavaban ropa para sus vecinas, hacían recados y, cuando nadie las veía, robaban algo de aquí y de allá, sobre todo para comer. Carmen recordaba su infancia. El frío era constante, dormían todos los miembros de la familia en un jergón y tiritaban juntándose unos a otros para darse calor. Ése fue quizá su primer recuerdo.

La madre estuvo enferma muchos años, tras uno de sus partos que acabó en aborto. Estuvo a punto de morir, luego se recuperó un poco, permaneció como una inválida varios años. Cuando le pregunté me dijo que la recordaba

como una mujer enjuta, casi siempre vestida de negro, silenciosa. “Tengo su imagen en la cabeza”, me dijo Carmen, “sin dientes, masticando una raíz una y otra vez hasta ablandarla”. En su memoria no quedaba ningún abrazo, ningún gesto de cariño salvo el cuerpo de su hermana más pequeña en la cama, pegándose a ella para quitarse el frío de aquellos inviernos.

Por supuesto, no sabía leer ni escribir. Al parecer, el cura de aquella aldea se interesó en cierta ocasión y el padre lo despidió con cajas destempladas, diciendo que allí todos eran necesarios para ganarse el sustento. “No puedes dejar que tus hijos vivan como animales” se atrevió a decirle el sacerdote. No pudo continuar porque el padre cogió una garrota que tenía detrás de la puerta y se la mostró con una mirada feroz que lo hizo escapar. Esa mañana, me dijo mi defendida, los hijos estaban detrás de la puerta, viendo y escuchando. Su hermana más pequeña, la que luego ha sido conocida por lo que le pasó a su marido, por sus hurtos, le dijo entonces a su madre: “¿Qué tiene de malo leer y escribir, madre? Algunos de mis amigos saben”. Ella no dijo nada pero allí se perdió la oportunidad de que las cosas cambiaran un poco.

Algo hay que hablar de esa hermana, Gloria, la pequeña, justo la que vino después de Carmen. Ésta me decía que era la única persona a la que ha querido. “Ni a mi marido, que en paz descanse, ni a Pepe, mi hombre de ahora, les he querido nunca como a mi hermana Gloria” llegó a decirme, “sólo a ella, sólo a ella. Los carceleros son unos malnacidos, que no la dejan que venga”. Prefería callarme porque había

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

